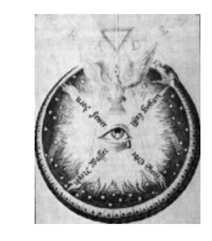


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.



BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 39

21 de Septiembre de 2.013

S U M A R I O

TRAS LAS HUELLAS DEL ILUMINISMO

Por Jean-Marc Vivenza

LA CAÍDA Y LA PÉRDIDA DE LA LUZ

Por Louis-Claude de Saint-Martin
(1743 – 1803)

MARTINES OPERANDO EN LA COSA: LA ORDEN DE LOS ÉLUS COHEN

Por Serge Caillet

EL MISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

Michel Armengaut

IIIº ENCUENTRO INTERNACIONAL DEL GEIMME

Programa


EXCELSIS DEO ET IN TERRA

TRAS LAS HUELLAS DEL ILUMINISMO

Jean-Marc Vivenza

MARTINES DE PASQUALLY, FUENTE DEL MARTINISMO

Históricamente, la doctrina Martinista nace de Martines de Pasqually (1710-1774), quien es, en muchos aspectos, su incontestable padre fundador y su primer profeta.

Taumaturgo y hombre de Dios, sus conocimientos serán la base directa de los escritos y el pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin. Personaje desconcertante, nacido en Grenoble, Martines parece haber heredado, sin duda por transmisión familiar, una enseñanza judeo-cristiana de la cual nadie, hasta hoy, por una casi total ausencia de documentos, ha podido determinar su naturaleza. Sin embargo, a través de su acción, y en muy pocos años, va a conmocionar la vida iniciática de numerosos masones al levantar una estructura que le hará célebre, conocida bajo el nombre de Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, y que inicialmente había bautizado como Orden de los Élus Cohen de Josué.

Martines de Pasqually dejará una enseñanza, o más exactamente legará una doctrina y un pensamiento firmemente establecidos. Éstos presentan características sorprendentes y sin embargo poseen una admirable coherencia, procurando sobre numerosos aspectos complejos de la Historia universal aclaraciones esenciales, ofreciendo a aquel que se molesta en acercarse a ellos entrar en la inteligencia de las causas primordiales y la comprensión de verdades que para algunos permanecían hasta entonces muy oscuras.

El Martinismo, del cual Martines formulará las primeras bases, posee así un corpus doctrinal basado sobre un primer principio, resumiéndose en esta simple afirmación, que por otro lado recorre todo su *Tratado de la reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina:* **el hombre no se encuentra actualmente en el estado que fue el suyo originalmente; víctima de una Caída de la cual es responsable, vive desde entonces como un prisionero, exiliado en el seno de un mundo y de un cuerpo que les son extraños.**

LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN Y JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ

Esta doctrina, cuyos numerosos elementos fueron inicialmente expresados en las Santas Escrituras, evocados por los Apóstoles, y luego, a lo largo de los siglos, por los Padres de la Iglesia, será piadosamente conservada, recordada, pero también igualmente desarrollada, precisada, enmendada, y sobre algunos puntos singularmente corregida, incluso a veces claramente enderezada de forma perspicaz y pertinente, por los dos discípulos más esclarecidos de Martines de Pasqually, como son Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), llamado el "Filósofo Desconocido", y Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824). Éste último trabajó en adaptar las enseñanzas martinesistas al simbolismo de la Masonería Escocesa y a las estructuras caballerescas de la Estricta Observancia.

No dejaremos de recordar al respecto que la denominación "Martinista", primitivamente, antes de que Papus (1865-1916) y Augustin Chaboseau (1868-1946) expandan el término gracias

a la fundación de una Orden conocida bajo esta apelación entre 1887 y 1891, que se beneficiará efectivamente de cierto resplandor, proviene precisamente de los Masones del Régimen Escocés & Rectificado establecidos en Rusia, designados de tal modo porque eran generalmente, más allá de su calidad de hermanos ligados a la Reforma de Lyon, adeptos más o menos activos de las prácticas de Martines, y sobre todo admiradores entusiastas del pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, siendo incluso algunos, como Nicolaï Novikof (1744-1818), discípulos directos e íntimos del Filósofo Desconocido.

ORIGINALIDAD DE LA VÍA "SEGÚN LO INTERNO"

De hecho, Saint-Martin había establecido, a lo largo de sus escritos y en su actitud, una aproximación personal a las tesis martinesianas, distinguiéndose de manera significativa al insistir muy pronto, molesto por la complejidad de las prácticas de los Élus Cohen, sobre la importancia de la recepción silenciosa e íntima de la Palabra sagrada, así como sobre el carácter superior de la vía "según lo interno", por recoger una de sus expresiones favoritas.

Saint-Martin declaró abierta y firmemente que era inútil embarazarse con pesadas técnicas, que era inútil retrasarse con los elementales y los espíritus intermedios y que, al contrario, convenía abrirse directamente, a través de una sincera purificación del corazón, a los misterios de la regeneración del Verbo en sí mismo. Sostuvo que: "*La única iniciación que predico y que busco con todo el ardor de mi alma es aquella por la que podemos penetrar en el corazón de Dios, y hacer entrar al corazón de Dios en nosotros, para hacer un matrimonio indisoluble que nos haga el amigo, el hermano y la esposa de nuestro Divino Reparador.* ***No hay otro medio para llegar a esta santa iniciación que el de sumergirse, cada vez más, hasta las profundidades de nuestro ser y de no retroceder hasta que no hayamos llegado a obtener la viva y vivificante raíz****, porque entonces todos los frutos que tendremos que llevar, según nuestra especie, se producirán naturalmente en nosotros y fuera de nosotros, tal como vemos que ocurre para nuestros árboles terrestres, porque están adheridos a su raíz particular, de la que no dejan de bombear su savia"* (Carta de Saint-Martin a Kirchberger, 19 de junio de 1797).

Alejándose entonces de prácticas que juzgaba peligrosas y demasiado exigentes, Saint-Martin, que disentirá por sus propósitos con algunos de los antiguos alumnos de Martines, preconizará (en lo que no deberíamos de llamar Martinismo, para disipar numerosos equívocos, sino Saint-Martinismo), un retorno a la simplicidad evangélica, y se convertirá en el ardiente profeta de una unión sustancial con lo Divino, unión en la cual debe absolutamente dominar el desprendimiento, el silencio y el amor.

El Filósofo Desconocido, en efecto, no dudará en defender y animar la posibilidad de un trabajo operativo altamente espiritualizado, apartando las trampas que no dejan nunca de producir aquellos procedimientos demasiado dependientes de las manifestaciones fenoménicas.

Pero, ¿qué originaba tal actitud, tanto más sorprendente en cuanto que procedía del mismo secretario de Martines, de aquel que había sido, en los años anteriores a su desaparición, el colaborador más cercano y el ayudante privilegiado del maestro? El misterio que, incluso en el siglo XVIIIº intrigaba y a veces perturbaba a aquellos versados en estos temas, sigue

persistiendo hoy en día y sigue alimentando las legítimas reflexiones y numerosos interrogantes de los "hombres de deseo".

En realidad, la necesidad de la interioridad, de la vía puramente secreta, silenciosa e invisible, la justifica Saint-Martin por la debilidad constitutiva de la criatura, su completa desorganización y su radical inversión, sumergiendo por ello a los seres en un medio infectado, una atmósfera viciada y corrupta, que acechan cada uno de nuestros pasos cuando nos alejamos de nuestra fuente, ponen en peligro nuestro espíritu cuando, por imprudencia o presunción, nos atrevemos a salir de los límites de los dominios serenos protegidos por la apacible sombra de la profunda paz del corazón. "*Apenas el hombre da un paso fuera de su interior, estos frutos de las tinieblas le envuelven y se combinan con su acción espiritual, como su aliento, nada más salir de él, estaría apresado e infestado por miasmas putrefactos y corrosivos si respirase un aire corrupto (...). Cuántos peligros corre el hombre en cuanto sale de su centro y entra en las regiones exteriores*" (Ecce Homo, § 4).

El hombre debe entonces convencerse de que no hay nada que esperar de las regiones extrañas, debe, por contra, trabajar, cavar en sí mismo para descubrir las preciosas luces sepultadas que esperan ver la luz y, finalmente, ser llevadas a la revelación. Los tesoros del hombre no están situados en lejanos horizontes inaccesibles, están a sus pies o más exactamente en su corazón; permanecen pacientemente disimulados, resplandecen secretamente, eclipsados y olvidados, bajo el ruido permanente de la agitación frenética que llevan, en una inverosímil y estéril carrera, sus energías hacia realidades no esenciales y periféricas.

Saint-Martin insistirá con fuerza sobre este punto: *"Por sus imprudencias, el hombre está sumergido perpetuamente en abismos de confusión, que se vuelven tan funestos y oscuros que engendran sin cesar nuevas regiones opuestas unas a otras y hacen que el hombre se encuentre dispuesto como en medio de una espantosa multitud de potencias que le agarran y le arrastran en todas direcciones; sería un verdadero prodigio si quedase en su corazón un soplo de vida y en su espíritu una chispa de luz. (...); la verdadera obra del hombre ocurre lejos de todos estos movimientos exteriores"* (Ibíd.).

LA NECESARIA PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN

La verdadera obra ocurre efectivamente lejos del exterior y de los movimientos insensatos, porque es en el interior, tras el segundo velo del Templo, que discurren los ritos sagrados, que ocurren el auténtico culto espiritual y la divina liturgia celebrados a través del ejercicio constante de la oración y la adoración.

He ahí la labor santa, la pura ocupación, la primera vocación de aquel que está destinado al servicio de los altares de la Divinidad. Nuestra oración debe ser un canto puro, un bálsamo sublime, un incienso de buen olor; porque es la dulce ocupación a la cual el hombre debe consagrar sus días e, igualmente, "consagrar" su ser, porque es lo que Dios, en su insondable amor, aguarda y espera de sus hijos.

Esta actitud, que pudo sorprender al principio a los amigos de Saint-Martin, la mayoría adeptos instruidos en busca de iniciaciones con títulos prestigiosos, curiosos o letrados, personas del mundo en busca de conocimientos misteriosos, acabará lentamente por

imponerse a los más sensibles y despiertos a las piadosas verdades, y les parecerá como el único camino, seguro y elevado, dispensador de inefables beneficios y numerosos frutos, a la vez que otros, desgraciadamente, no alcanzaban a comprender, no veían lo que originaba esta actitud en el Filósofo Desconocido la cual defendía en sus obras, actitud tan novedosa y sorprendente, incluso chocante para muchos de ellos acostumbrados a los fastuosos decoros de las recepciones masónicas, a la superficial gloria de los títulos y cargos, o aún más fascinados por las impresiones sensibles que provocaban ciertas prácticas extrañas y poco comunes, enseñadas por algunos maestros reputados y famosos, tan preciados en el siglo de las Luces.

EL EJERCICIO CONSTANTE DE LA ORACIÓN Y DE LA ADORACIÓN

Si bien Martines insistía principalmente sobre la naturaleza horrible y tenebrosa del crimen de nuestro primer pariente según la carne, Saint-Martin se inclinará, con una atención acrecentada, demostrando una excepcional capacidad de percepción hacia los diversos engranajes del alma humana, sobre el lamentable estado en el cual se encuentran interiormente y en la actualidad los hijos de Adán, y advertirá de la profunda degradación y decadencia que les aflige, que no solo les hizo perder su estatus privilegiado con respecto al Creador, sino también les disminuyó en todas sus facultades y, en particular, les condenó a una cuasi "muerte moral".

Esta trágica situación, que caracteriza la humanidad actual, golpeará y afectará tanto a Saint-Martin que considerará, no sin razón, como vana y estéril cualquier acción que no conlleve como condición previa y absoluta una verdadera "purificación", y eso antes de cualquier empresa de instauración de un contacto o diálogo con el Cielo. El hombre se encuentra en tal estado de abyección, resalta Saint-Martin, que debe, antes de nada y en primer lugar, reconocerse como un miserable pecador y humillarse profundamente ante el Señor, a fin de esperar poder atreverse a dirigirse al Eterno tras pasar por las diferentes etapas del arrepentimiento.

Por lo tanto, se entiende lo que pudo conducir a Saint-Martin a afirmar: "*La oración es la principal religión del hombre, porque ella es la que une nuestro corazón con nuestro espíritu...*" (La Oración, en *Obras póstumas*), porque la mayor intuición que apareció en su pensamiento fue darse cuenta, en una especie de viva iluminación, de que el hombre, a pesar de todos sus esfuerzos movilizando mil y una técnicas, desarrollando un aparato complejo compuesto de ritos, invocaciones, gestos simbólicos, si no transforma radicalmente su corazón, se agita en vano y permanece siendo, desgraciadamente, como dijo el Apóstol Pablo, un triste e inútil *"bronce que suena o címbalo que retiñe"* (I Corintios 13:1).

HAY QUE SANTIFICAR EL CORAZÓN DEL HOMBRE

En los primeros tiempos de su iniciación con Martines, Saint-Martin se preguntaba si era necesario emplear tantos medios para dirigirse al Eterno, y se convencerá rápidamente en cambio de que la única cosa indispensable y casi imperativa para poder unirse a Dios es presentarse ante Él con un corazón puro, es decir, con un auténtico deseo y un alma humillada.

Son las únicas condiciones de una auténtica relación espiritual, de una apertura efectiva a lo divino, de una inefable conversación de corazón a corazón con el Eterno. Lejos de las vanas pretensiones humanas deseosas de llegar a Dios por vías inciertas y falsas, casi siempre llenas de orgullo y vanidad, es necesario, al contrario, preparar y disponer el único órgano que poseemos para "operar", es decir, nuestro corazón, conformándolo a las exigencia de la verdad, porque: "*La Verdad solo pide formar una alianza con el hombre, pero quiere que sea con el hombre solo y sin ninguna mezcla de todo lo que no es fijo ni eterno como ella*" (El Hombre nuevo, § 1).

Ahora bien, esta mezcla "no fija" es todo lo que atañe a la naturaleza prevaricadora, las adherencias de la carne, la antigua seducción de la serpiente, las ilusiones del hombre viejo que solo puede encontrar su reparación en el trabajo de santificación: "*Dios quiere que se le sirva en espíritu, y también en verdad (...) el corazón del hombre debe ser santificado y elevado como triunfo a los ojos de todas las naciones. El corazón del hombre se origina del amor y de la verdad; solo puede recobrar su rango extendiéndose hasta el amor y la verdad*" (El Hombre de deseo, § 199).

"*Así, sentimos que el Nombre de Dios debe tener como característica esencial la de ser Alianza eterna, universal, temporal, espiritual, celeste y terrestre. Cuando desciende en el hombre, debe desarrollar en él sucesivamente todas estas diversas Alianzas y hacerle descubrir, en cada época, los tesoros y las maravillas de la eterna inmensidad. Mientras estas diversas Alianzas no se hayan manifestado, operado, confirmado y consolidado en nosotros, no podemos considerarnos como estando perfectamente regenerados; cada una debe tomar posesión de nosotros activa y sensiblemente, hablar y pronunciarse en nosotros; vivificarnos con sus bendiciones, su fuerza y su luz, interior y exteriormente; ponernos en situación, indignos como somos, de operar obras santas y ejercer todos los ministerios sagrados que ejerció la madre de familia, la cual, poseyendo en sí todas las propiedades divinas, inseparables del Nombre de Dios, poseía por consiguiente todas las Alianzas. Es necesario que estas santas Alianzas desciendan sobre nosotros, se prosternen en nosotros a su paso y que las tinieblas y todos los malhechores huyan ante ellas; finalmente, es necesario que nos convirtamos en el conjunto activo de todas estas Alianzas, puesto que es necesario que algún día nos convirtamos en el Nombre pronunciado de este Dios que las contiene*" (Louis-Claude de Saint-Martin, *Del espíritu de las cosas*).



LA CAÍDA Y LA PÉRDIDA DE LA LUZ

Louis-Claude de Saint-Martin[1]
(1743-1803)

Elevándonos hasta el Principio supremo, sin el cual la Verdad no sería, veremos que todas las *Facultades* deben ser reales, fijas, positivas, es decir, constituidas por su propia esencia; lo cual las sustrae para siempre a toda destrucción, ya que es únicamente en ellas donde reside toda su ley, así como la vía que lleva al Santuario de su existencia.

En efecto, este Ser, siendo la fuente primera de todas las Potencias, ¿cómo podríamos concebir una Potencia que no fuese él? ¿Por dónde, por quién, cómo podría ser vencido o alterado si todos los Seres han salido de su seno indirecta o directamente y solo tienen las facultades y poderes reales que les ha dado? Porque haría falta suponer entonces que podría agredirse a sí mismo.

Otras pruebas nos demuestran que ningún Ser puede ni podrá jamás nada contra Dios; dado que, si hay quienes se declaran sus enemigos, lo único que necesita para vencerlos es dejarlos en sus propias tinieblas; aquéllos que le quieren atacar se vuelven ciegos sólo por el hecho de querer atacarlo. Así, por este mismo hecho, todos sus esfuerzos serán sin éxito y todas sus fuerzas se vuelven nulas e impotentes, porque ya no ven dónde dirigirlas.

Pero, para que el primero de los hombres pudiera manifestar a este Ser majestuoso e invencible, para que pudiera servir de signo de la Divinidad suprema, hacía falta que tuviera la libertad de ver y contemplar los derechos reales, fijos y positivos que están en ella, hacía falta que tuviera un título que le diera entrada a su templo, a fin de gozar del espectáculo de toda su grandeza.

Sin esto, ¿cómo habría podido representar el menor rasgo con exactitud?, y si lo hubiera representado imperfectamente, ¿cómo aquéllos que habían perdido de vista al Ser supremo hubiesen sido culpables de continuar desconociéndolo?

Pero, si es posible que el hombre, en calidad de Ser libre, haya dejado de presentarse en el templo con la humildad del Levita, que haya querido poner a la víctima en el lugar del sacrificador y al sacerdote en el lugar del Dios al que servía, la entrada del templo debió cerrarse para él, dado que iba y venía a buscar allí otra luz, en vez de aquella que llena en sí misma la inmensidad. No hizo falta nada más para hacerle perder a la vez el conocimiento y la vista de las bellezas del templo, ya que solo podía verlas en su propia morada y él mismo se prohibió la entrada.

Se exaltó al encontrar la luz en otra parte en vez de en el Ser que es el santuario y el hogar, y que solo él podía hacerlo penetrar dentro. Creyó poder obtenerla por otra vía, en vez de por ella misma, creyó, en una palabra, que las facultades reales, fijas y positivas podían encontrarse en dos Seres a la vez. Dejó de dirigir la vista sobre aquél en quien vivían con toda su

[1] Este texto corresponde al Capítulo V de su obra *Cuadro Natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo* (1782).

fuerza y todo su brillo, para llevarla sobre otro *Ser*, del que se atrevió a creer que recibiría los mismos auxilios.

Este error, o más bien este crimen insensato, en vez de asegurar al hombre la permanencia de la paz y de la luz, le precipitó al abismo de la confusión y las tinieblas, y esto sin que fuera necesario que el Principio eterno de la vida hiciera el menor uso de su Poder para postergar este desastre. Siendo la felicidad esencial la única fuente de felicidad de todos los Seres, actuaría contra su propia ley si los alejara del brillo capaz de hacerlos feliz. Finalmente, al ser solamente, por su naturaleza, el bien, la paz y el gozo, si enviara él mismo los males, el desorden y las privaciones, produciría cosas que el Ser perfecto no debe conocer, lo cual demuestra que no es ni puede ser el Autor de nuestros sufrimientos.

Veremos, al contrario, en la continuación de esta obra, que no hay ninguna de las *Potencias* de esta mano bienhechora que no se haya empleado y emplee para aliviarnos. Aprenderemos, digo, a conocer que si las *Virtudes* de este Agente supremo combaten sin tregua desde el origen de las cosas, es para nosotros y no contra nosotros.

Veremos cuál es la diferencia de este Ser con nosotros, ya que cuando hacemos el mal, somos nosotros los autores y cometemos a veces la injusticia de imputárselo, mientras que, cuando hacemos el bien, es él quien lo hace en nosotros y para nosotros. Y después de hacerlo en nosotros nos recompensa aún más, como si lo hubiésemos hecho nosotros mismos.

Veremos por último que si el hombre, para satisfacer sus verdaderas necesidades, prestara la atención que presta a sus necesidades imaginarias, conseguiría mucho mejor el objeto de sus deseos; y si se me permite decir la razón, es que el *Bien* y el *Mal* nos persiguen en verdad, pero el primero nos persigue con *cuatro fuerzas* y el segundo nos persigue sólo con *dos*. Ahora bien, el hombre, debiendo tener también cuatro *fuerzas*, vemos cual sería la celeridad de la unión si anduviese sin parar hacia *Aquél* que es el *mismo número*.

Ya que el Ser divino es el único Principio de la luz y de la verdad, ya que solo él posee las *facultades* fijas y positivas en las que reside exclusivamente la vida real y esencial; desde que el hombre buscó estas *facultades* en otro *Ser* debió, necesariamente, perderlas de vista y encontrar sólo el simulacro de todas las *Virtudes*.

Así, el hombre, habiendo dejado de leer en la verdad, solo pudo encontrar a su alrededor la incertidumbre y el error. Habiendo abandonado la única morada de lo que es fijo y real debió entrar en la nueva región, la cual, por sus ilusiones y vacío, era opuesta a la que acababa de dejar. Hizo falta que esta región nueva, por la multiplicidad de sus leyes y acciones, le mostrara en apariencia otra unidad que la del Ser simple y otras verdades que la suya. En fin, hizo falta que el nuevo apoyo sobre el que había descansado le presentara un cuadro ficticio de todas las facultades, de todas las propiedades del Ser simple y, sin embargo, que no tuviera ninguna.

Y es aquí donde ya se encuentra una explicación de los números *cuatro* y *nueve*, que pudieron preocupar en la obra ya citada. El hombre se extravió pasando del *cuatro* al *nueve*, es decir, que abandonó el centro de las verdades fijas y positivas que se encuentran en el número *cuatro*, como siendo la fuente y correspondencia de todo lo que existe; como siendo aún más, incluso en nuestra degradación, el número universal de nuestras medidas y de la trayectoria de los astros; verdad divina de la que los hombres de los últimos siglos hicieron la aplicación más

feliz para determinar las leyes de los movimientos celestes, aunque solo fueran conducidos a este inmortal descubrimiento por la única fuerza de sus observaciones y por la antorcha de las ciencias naturales. Es decir, que el hombre se unió con el número *nueve* de las cosas pasajeras y sensibles, en las que la nada y el vacío están escritos en la misma forma circular o novenario, el cual les es asignado, manteniendo al hombre como autoridad.

He aquí, en efecto, cuáles son los derechos que tienen actualmente sobre el hombre todas las cosas de esta región temporal. Como cada uno de lo Seres que la componen es completo y entero en su especie, los ojos de este desafortunado hombre permanecen fijos en objetos que representan, en efecto, la unidad, pero la representan sólo por imágenes muy falsas y muy defectuosas, ya que están todos formados por ensamblajes. En tanto que pueden ser vistos por nuestros ojos materiales, son necesariamente compuestos, dado que también nuestros ojos materiales son compuestos y solo hay relación entre Seres de la misma naturaleza.

El hombre está limitado pues, al permanecer en esta región temporal, a percibir sólo unidades aparentes, es decir, que solo puede conocer actualmente pesos, medidas y números relativos en vez de pesos, medidas y números fijos que empleaba en su lugar natal. Tiene la prueba de ello en las experiencias más comunes, porque sería imposible fijar una porción de materia que fuese igual en peso, número y medida a otra porción, dado que haría falta conocer el peso, el número y la medida fija de la materia, y ha abandonado la estancia de todo lo que es fijo.

Sin embargo, estas cosas sensibles, que no son sino aparentes y nulas para el espíritu del hombre, tienen una realidad análoga a su Ser sensible y material. La sabiduría es tan fecunda que establece proporciones en las *Virtudes* y *realidades*, en relación con cada clase de sus producciones.

He aquí por qué hay una conveniencia, e incluso una ley insuperable, ligada al curso de las cosas sensibles sin la cual su acción, aunque pasajera y temporal, no podría jamás tener ningún efecto. Así, es cierto para los cuerpos que los cuerpos existen, que se alimentan, que chocan unos con otros, que se tocan, que se comunican y que hay un comercio indispensable entre todas las sustancias de la Naturaleza material.

Pero también eso sólo es cierto para los cuerpos, porque las acciones materiales, al no operar nada análogo a la verdadera naturaleza del hombre, son de alguna manera o pueden ser extrañas para él, cuando quiere hacer uso de sus fuerzas y acercarse a su elemento natural. En fin, la materia es verdadera para la materia y no lo será jamás para el espíritu. Distinción importante con la que hubiéramos terminado desde hace mucho las disputas de aquéllos que pretendieron que esta materia solo era aparente y aquéllos otros que pretendieron que era real.

Las cosas corporales y sensibles, al no ser nada para el Ser sensible intelectual del hombre [su espíritu], nos hacen ver cómo debemos valorar lo que llamamos muerte y qué impresión puede producir sobre el hombre sensato que no se haya identificado con las ilusiones de estas sustancias corruptibles. Porque el cuerpo del hombre, aunque verdadero para los demás cuerpos, como ellos, tampoco tiene ninguna realidad para la inteligencia y apenas se da cuenta

de que está separado de ella. En efecto, cuando lo abandona [la inteligencia o espíritu al cuerpo], solo lo abandona en apariencia o, mejor dicho, no abandona nada.

Al contrario, todo anuncia que en ese momento [de la muerte] debe ganar en lugar de perder, porque, con un poco de atención, solo podemos penetrarnos de respeto por aquéllos a quienes su ley libera de estas trabas corporales, ya que entonces hay una ilusión menos entre ellos y lo *verdadero*. A falta de esta reflexión útil, los hombres creen que es la muerte la que les asusta, cuando [en realidad] no es de ella, sino de la *vida* de la que tienen miedo.

Si el prestigio de las cosas temporales no bastara aún para demostrarnos la diferencia del estado actual del hombre con su estado primitivo, haría falta volver la mirada sobre el hombre mismo, puesto que, al igual que el estudio del hombre nos hizo descubrir en nosotros mismos relaciones con el primero de todos los Principios, y huellas de un origen glorioso, igualmente nos deja apercibir una horrible degradación. Solo hace falta, para convencernos, confrontarnos con el Principio del que deberíamos, por nuestra propia naturaleza, representar las *Facultades* y las *Virtudes*. Hace falta ver quién de nosotros podrá justificar sus *TÍTULOS*. Hay que ver si somos conformes con el Ser del que descendimos y que solo ha expresado en nosotros la imagen de su sabiduría y de su ciencia para que le honráramos.

Buscamos y él posee, estudiamos y él conoce, esperamos y él disfruta, dudamos y él mismo es la evidencia, temblamos de temor y él no tiene otra inquietud que la del amor, del que está todavía abrasado por el hombre al igual que el hombre lo está por sus propios pensamientos y por sus propias emanaciones. Uno es grande, multiplicando sus imágenes en todos los Seres y en el hombre, el otro pone a menudo su gloria en exterminar y destruir. No sólo el Autor de las cosas hizo existir para nosotros y para nuestras necesidades todos estos elementos y todos estos Agentes de la Naturaleza, cuyo uso pervertimos, sino que incluso produjo en nosotros estas facultades que debían ser el signo de su grandeza y nos dedicamos a atacarlo y combatirlo, de modo que los hombres que debían ser *satélites* de la verdad, son más bien persecutores, y a juzgar al hombre complaciente hoy en la reprobación, el crimen y el error, aquél que solo fue emanado para mostrar que hay un Dios, parecería más bien capaz de mostrar que no lo hay.

Porque cuando, al repetir el primer crimen, el hombre usurpa tan a menudo los derechos de la Divinidad sobre la Tierra, solo es para profanar el Nombre y envilecerlo por una nueva prostitución. Bajo este Nombre sagrado decide, se extravía, engaña, tiraniza, degüella, masacra. ¡Ah! ¿Para quién este Dios tan extraño ejerce sus derechos aún más extraños? Para el hombre, para su semejante, un Ser de su especie y que, por consiguiente, tiene el mismo derecho que él al título de Dios.

Así, poniendo en contradicción sus acciones con su orgullo, el hombre borra en él este título glorioso, al mismo tiempo que quiere revestirlo. Así, emprende la vía más segura para destruir alrededor suyo toda idea del verdadero Dios, presentando solo él mismo un Ser de mentira, de furor, de devastación; un Ser que solo actúa para desnaturalizarlo todo, corromperlo todo, y solo demuestra la superioridad de su potencia por la superioridad de sus locas injusticias, sus crímenes y sus atrocidades.

Podríamos pues exclamar con razón: Hombres, era por vosotros por los que los impíos debían conocer la justicia, y apenas podéis responder cuando se os pregunta lo que es la justicia; era por vosotros por los que debían ser devueltos a los senderos de la luz y empleáis vuestros esfuerzos para oscurecer esta luz y corromper sus vías. Era por vosotros por los que la verdad debía aparecer y solo ofrecéis la mentira. ¿Cómo la justicia, la luz y la verdad serán conocidas si el Ser encargado de expresarlas, no sólo no ha conservado la idea, sino que además incluso se esfuerza en destruir las huellas que estaban escritas en él y sobre toda la Naturaleza? ¿Cómo sabremos que el Principio necesario es *Santo* y *Eterno* si profesáis el culto y la doctrina de la materia? ¿Cómo sabremos que sólo está ocupado en perdonar y arde de amor por los hombres si sólo respiráis el odio y si sólo pagáis sus beneficencias con blasfemias? En fin, ¿cómo creeremos en el orden y la *vida*, si solo mostráis en vosotros la *confusión* y la *muerte*?

Aunque no podamos comparar nuestros títulos con la ignominia que nos envuelve, sin inclinarnos hacia la tierra y buscar sepultarnos en los abismos, sin embargo quisieron persuadirnos de que éramos felices; como si se pudiera destruir esta verdad universal de que solo hay felicidad para el Ser cuando éste está en su ley.

Hombres ligeros, después de cegarse ellos mismos se esforzaron para comunicarnos sus errores. Empezaron haciendo la vista gorda sobre sus imperfecciones, luego nos llevaron a hacer la vista gorda también sobre las nuestras. Quisieron persuadirnos de que no existían y que nuestra situación era propia de nuestra verdadera naturaleza.

¿Qué producen semejantes doctrinas? Fascinan nuestros males pero no los curan en absoluto. Hacen nacer en nosotros una calma engañosa y, aprovechando esta calma, la corrupción va progresando tanto más rápido cuanto que ningún bálsamo se aplica sobre la llaga para corregir la malignidad.

Debilitan en el hombre el *Principio* de la *vida*. Corrompen hasta su germen, hacen que aquél que deseaba la verdad y solo tenía que dar un paso para conseguirla, vea apagarse en él ese precioso impulso, ese *instinto virgen* y *sagrado* que le hacía buscar naturalmente como su único apoyo. En fin, incluso aunque se estremezca el Sabio, el Universo corre el riesgo de no contener más un solo hombre virtuoso en su seno. Y he aquí los males deplorables producidos por estas falsas doctrinas que endurecen al hombre sobre la ley de su Ser y la privación en la que está de su verdadera morada.

Dejemos a estos maestros peligrosos alimentarse con ilusiones y mentiras. Un vistazo rápido sobre nuestra situación bastará para convencernos de sus imposturas.

El dolor, la ignorancia, el temor, he aquí lo que encontramos a cada paso en nuestro tenebroso recinto; he aquí cuáles son todos los puntos del círculo estrecho en el cual una fuerza que no podemos vencer nos mantiene encerrados.

Todos los elementos están desatados contra nosotros; apenas produjeron nuestra forma corporal ya están trabajando para disolverla, devolviendo a ellos continuamente los principios de vida que nos dieron. Solo existimos para defendernos contra sus asaltos y somos como discapacitados abandonados y reducidos a curar continuamente nuestras heridas. ¿Qué son nuestros edificios, nuestra vestimenta, nuestros servidores, nuestros alimentos, sino tantos

indicios de nuestra debilidad y nuestra impotencia? En fin, hay para nuestros cuerpos sólo dos estados: el deterioro o la muerte. Si [nuestros cuerpos] no se alteran, están en la nada.

De todos los hombres que fueron llamados a la vida corporal, algunos vagan como espectros sobre esta superficie para entregarse continuamente a sus necesidades, a sus discapacidades; otros ya no están en ella. Fueron, como lo serán sus descendientes, arrastrados en el torrente de los siglos, sus sedimentos amontonados, formando hoy el suelo de casi toda la Tierra. No podemos dar un paso sin pisar los humillantes vestigios de su destrucción. El hombre está pues, aquí abajo, como esos criminales a los que, en algunas naciones, la ley mandaba atar vivos a cadáveres.

Llevemos la mirada sobre el hombre invisible. Inseguros sobre los tiempos que precedieron nuestro Ser, sobre aquéllos que están por venir y sobre nuestro mismo Ser, mientras no sintamos las relaciones [entre ellos] vagamos en medio de la sombra del desierto, cuyas entrada y salida parecen igualmente huir ante nosotros. Si los rayos, brillantes y fugaces, surcan a veces nuestras tinieblas, sólo es para hacerlas más horribles, o degradarnos aún más dejándonos apercibir lo que hemos perdido. Y aún así, si penetran, solo es rodeados de *vapores nebulosos e inciertos*, porque nuestros sentidos no podrían soportar su brillo si se nos mostrasen directamente. En fin, el hombre es, con respecto a las impresiones de la vida superior, como el gusano que no puede soportar el aire de nuestra atmósfera.

¿Qué digo? *Animales feroces* nos rodean en medio de estas tinieblas, nos cansan con sus *gritos irregulares* y *lúgubres*, se *lanzan* súbitamente sobre nosotros y nos devoran antes de que los *veamos*. *Azufres ardientes* truenan sobre nuestras *cabezas* y por sus *destellos imponentes* parecen pronunciar mil veces sobre nosotros la *sentencia* de muerte. La *Tierra* misma está siempre dispuesta a estremecerse bajo nuestros pies y nunca sabemos si en el instante siguiente al que estamos no se *entreabrirá* para engullirnos en sus *abismos*.

¿Sería pues este lugar la verdadera morada del hombre, de este Ser que corresponde al centro de todas las ciencias y todas las felicidades? Aquél que, por sus pensamientos, por los actos sublimes que emanan de él y por las proporciones de su forma corporal, se anuncia como el representante del Dios vivo, ¿estaría en su lugar en un sitio que solo está cubierto por leprosos y cadáveres, en un lugar donde la ignorancia y la noche únicamente pueden habitar, en un lugar, finalmente, donde este desafortunado hombre no encuentra ni siquiera dónde reposar la cabeza?

No, en el estado actual del hombre, los más viles insectos están por encima de él. Se mantienen al menos en el rango [que les corresponde] de la armonía de la Naturaleza; allí se encuentran en su sitio y el hombre no está en el suyo.

Todos los Seres del Universo están en una continua acción. Disfrutan sin interrupción de la porción de derecho que le es atribuida a cada uno de ellos, según el curso y las leyes de su existencia. Como solo subsisten por el movimiento, mientras existan el movimiento nunca se interrumpe para ellos. Por tanto, las plantas, los animales, todas las Virtudes de la Naturaleza están en una actividad que no cesa nunca, puesto que, si se parara un instante, toda la Naturaleza se destruiría.

Entre estos Seres que están siempre disfrutando y en la vida, un Ser incomparablemente más noble, el hombre, el pensamiento del hombre, su inteligencia, están sometidos a intervalos, a descansos, a suspensiones, es decir, a la inacción y a la nada.

Dejemos pues de creer que el hombre esté en su lugar aquí abajo. Está atado sobre la Tierra, como Prometeo, para ser, como él, comido por el *buitre*. Su paz misma no es un gozo, solo es un intervalo entre dos torturas.



MARTINES OPERANDO EN LA COSA: LA ORDEN DE LOS ÉLUS COHEN

Por Serge Caillet[2]

LA VESTIMENTA O LA FORMA TEMPORAL

LA GRAN OBRA DE MARTINES DE PASQUALLY, LA OBRA MAESTRA DE UNA VIDA COMPAÑÓNICA a su manera, gran obra también en la creación de la historia y las historias del iluminismo, es una orden iniciática donde el nombre apenas varía según los documentos de los archivos, pero donde la designación más oficial, más completa y la más común es: Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, resumiendo: Orden de los Élus Cohen, ver Orden Cohen.

La historia nos enseña que esta Orden ha surgido, por etapas, como muy pronto a finales de 1750 y como muy tarde a principios de 1760, bajo la forma de un rito masónico. No hay ninguna duda de que Martines de Pasqually recibió la luz masónica y que frecuentó las logias de su tiempo. En 1763, él mismo presentó a la Gran Logia de Francia una patente inglesa, fechada en 1738, que plantea problemas[3]. A la vista de las piezas del dossier, especialmente de sus relaciones con la Gran Logia de Francia, parece que Martines había formulado el proyecto de una reforma general de la masonería, en vistas a rectificar, es decir, a volver a llevar a su "verdadero origen" la masonería "apócrifa", a fin de restituirla conforme al depósito del que era o estimaba ser el heredero.

Si la Orden Cohen rehúsa por ejemplo el mito de Hiram y tiene por "apócrifos" o "Jebuseos" a los masones ordinarios de su tiempo, es porque así lo precisa el catecismo de los grados simbólicos: "los filósofos apócrifos no han podido obtener de nosotros las verdaderas ceremonias misteriosas que la Orden contiene y enseña; esto hizo que muchas personas se hayan atribuido algunos de nuestros instrumentos, y se reúnan con su jefe arrogándose el título de obreros del templo de Salomón"[4].

¿Querella política? ¡No estoy tan seguro! Porque Martines tiene ambiciones más altas y más nobles. Pero no volveré sobre el contexto masónico de esos años que Roger Dachez, aquí mismo, precisamente describió[5].

---

[2] Artículo publicado en *Renaissance Traditionnelle*, nº 165-166, enero-abril 2012, pp. 74-81. Número especial dedicado al Tricentenario de Martines de Pasqually.

[3] Esta patente destinada a su padre y transmitida a su hijo ¿es acaso apócrifa, como tendería a demostrar la crítica moderna? (Cf. André Kervella, "La patente de 1738", Boletín de la Sociedad Martines de Pasqually, nº 19, 2009, p. 4-17). Si es así, ¿fue manipulada? Pero entonces, ¿por quién? ¿Martines o su padre? Preguntas que quedan sin respuesta. Ante cualquier hipótesis, rehúso a creer en una simple superchería.

[4] Fondos Z, Los manuscritos reservados del Filósofo Desconocido publicados por Robert Amadou, *La magia de los Élus Cohen, Francmasonería, Catecismo de los filósofos Élus Cohen del Universo*, Cariscript, 1990, p. 12.

[5] Cf. También Robert Amadou (con la colaboración de Catherine Amadou), "El combate singular del Gran Soberano contra la masonería apócrifa… o Martines de Pasqually en los Archivos del Gran Oriente de Francia", Renaissance Traditionnelle, *nº 131-132, julio-octubre 2002, p. 250-281;* Michelle Nahon, *Martínes de Pasqually, Un enigmático franc-masón teúrgo del siglo XVIII fundador de la Orden de los Élus Cohen*, Saint-Malo, Pascal Galodé, 2011.

Lo que sí es seguro es que después de haber comprobado que el injerto no agarraba, Martines acaba por separarse del árbol masónico. Había soñado que el injerto transmutaría al árbol entero, por lo que la rama fue plantada conservando su independencia pero, en 1767, la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo salió definitivamente de la francmasonería francesa para entrar en la historia del iluminismo. Se dotó de *Estatutos Generales* que testimonian todavía la utopía de una reforma masónica muy concreta, y asentó los fundamentos de su autonomía constituyendo en París un Tribunal Soberano, órgano supremo de la Orden para Francia.

Obra inacabada, incluso apenas esbozada la Orden en aquel momento, como a menudo se lee. Es verdad que los nombres de sus grados, su contenido, incluso los grados mismos variaron, mientras Martines elaboraba y ajustaba su sistema. Pero menos de lo que generalmente pensamos. Porque, después de algunos tanteos y algunas asociaciones desgraciadas, Martines acabará por rodearse de émulos que lo liberarán de las tareas más pesadas (Saint-Martin será un secretario ejemplar, sucediendo al abad Pierre Fournié, abad valiente, pero poco competente), que le ayudarán a dar una forma temporal (que distinguiré claramente de la forma espiritual) a la Orden de los Élus Cohen, la cual se encuentra bien definida precisamente por un conjunto de textos cuya coherencia es muy grande.

Ahora bien, esta forma temporal es masónica. Los grados definitivos, citados en los *Estatutos Generales* de I767[6], están dotados de rituales, de catecismos, de instrucciones. Para la base del sistema, los grados simbólicos (aprendiz, compañero, maestro - que difieren sensiblemente de los grados “azules” de la masonería clásica), entregados en una sola ceremonia, forman la primera clase, dicha del pórtico. Luego, un grado fundamental, que corresponde a la segunda clase: el Maestro Élu Cohen, dicho a menudo Maestro Élu, a imitación del Gran Élu, que es el Cristo. Luego, una tercera clase de tres grados (aprendiz cohen, compañero cohen, maestro cohen), dicha de “fuertemente marcados”, que reposan en los tipos que hacen Moisés y Josué. Las cuatro últimas clases corresponden cada una a un grado: gran maestro cohen, apodado gran arquitecto; novicio, apodado caballero de oriente; aprendiz réau-croix, apodado comendador de oriente, y finalmente réau-croix[7]. Esta última clase de la Orden Cohen seguramente no contaba con mucho más de una docena de Élus, que volvían a celebrar plenamente el culto primitivo restituido del sacerdocio de Adán.

Además, no hay que olvidar que la Orden Cohen era mixta, sin reservas (el caso es lo bastante raro como para ser subrayado), y si las mujeres, ciertamente, fueron admitidas en un número muy pequeño (una decena sin duda), lo fue también según una ordenación específica para la mujer[8].

---

[6] *Estatutos generales de la franc-masonería de los Caballeros Élus Cohen, en original en los archivos del Tribunal Soberano de Francia, élu a la gloria del Gran Arquitecto del Universo, sobre el gran oriente de Paris,* pre-publicación por Robert Amadou, Institut Eleazar, s.l.n.d. Cf. también la edición que ha dado *Le Feuillets d'Hermopolis (Las Hojas de Hermópolis)*, y después la copia moderna conservada en la Biblioteca municipal de Lyon: *Estatutos generales de la franc- masonería de los caballeros Élus Cohen*, *vol. 8*, Niza, noviembre de 2004.

[7] Cf. Serge Caillet, *Les Sept sceaux des élus coëns* (Los siete sellos de los élus cohen), Grenoble, Le Mercure Dauphinois, 2011. Por primera vez, esta obra describe y comenta minuciosamente las ceremonias de recepción a todos los grados.

[8] *Les Sept sceaux des élus coëns* (Los Siete sellos de los élus cohen), op. cit., capítulo XI: “L'initiation coén et les femmes” (La Iniciación cohen y las mujeres).

Martines de Pasqually, fundador de una sociedad iniciática, de carácter masónico, como en el siglo XVIII se dijo frecuentemente; en definitiva Martines jefe de una escuela, o de una secta (si la palabra no les asusta demasiado), he aquí un aspecto de la historia que parece establecido. ¿Pero la cosa es tan simple?

Porque, a pesar de las apariencias, la Orden Cohen se esconde bajo la vestimenta de la francmasonería. La expresión viene de Martines y designa mejor que ninguna otra su realidad temporal. Porque, de una parte, la filiación masónica, en el sentido que nosotros la entendemos históricamente e iniciáticamente hoy, no es, ni de lejos, toda la filiación Cohen, y, por otra parte, hay que abstenerse de confundir la vestimenta con el cuerpo que disimula o protege, sin perjuicio de su función social. Porque ¿cómo comunicarse con los demás sin una vestimenta idónea? La vestimenta temporal que permitió a Martines de Pasqually comunicarse con el mundo iniciático de su tiempo, en el seno y fuera de su Orden, esa vestimenta fue masónica, eso es todo.

EL CUERPO ES UN VELO

Tras la vestimenta masónica de los Élus Cohen, el primer velo se deja levantar, correspondiendo a una forma temporal. Es el cuerpo de la Orden Cohen encarnado, un cuerpo que pertenece también al mundo de las formas.

Me gustaría invitarles a reflexionar sobre ese símbolo esencial de los ritos cohen que son los tapetes, la mayoría de las veces negro, blanco y rojo, de uso general en las ceremonias de recepción a los diferentes grados. Estos tapetes son velos que recubren pasajeramente al candidato, a menos que uno de ellos oculte a veces el trazado, es decir, esa figura simbólica del mundo, la creación universal, desde los cielos, donde reinan los ángeles, hasta la tierra, asilo de los demonios y de los hombres en privación divina.

Los tapetes disimulan y protegen al candidato del mundo exterior - pero ¿qué es el mundo exterior? En el fondo, ¿no protege también al mundo exterior del candidato? ¿De qué? De la luz, del fuego del espíritu, finalmente de la luz increada cuya manifestación plena deslumbra, abrasa y aniquila a cualquiera que no esté preparado.

Todo cuerpo es un velo, a imagen de la Luna que atempera y humedece los rayos brillantes del Sol. Este cuerpo compone las seis o siete clases de la Orden Cohen. Seis o siete, no es contradictorio, porque, geométricamente, las siete clases están "figuradas por los seis círculos o divisiones interiores de los siete círculos"[9] en ciertos trazados operativos. Cambiemos de símbolo: la estrella de seis puntas que encierra las siete circunferencias en el sello de la Orden es, en sí misma, una expresión del septenario que marca de esta forma el centro. Seis grados en circunferencias gravitan así alrededor de un centro único, que es el de réau-croix, último grado de la Orden. Tal es la arquitectura simbólica del cuerpo de la Orden Cohen, de su forma temporal, que conviene inmediatamente distinguir de su forma espiritual.

[9] Robert Amadou (con la colaboración de Catherine Amadou), *Les leçons de Lyon aux élus coëns* (Las lecciones de Lyon a los élus cohen). *Un curso de martinismo en el siglo XV, por Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-Jacques Du Roy d'Hauterive, Jean-Baptiste Willermoz*, lª ed. completa publicada después de los manuscritos originales, París, Dervy, 2011, lección 103.

Porque el siete, número del espíritu según Martines, también está afectado en el mantenimiento de las formas que el espíritu vivifica, el templo cohen, o mejor la Orden Cohen en siete clases, reposando él mismo en siete columnas, que son bajo nuestros cielos sus grandes soberanos. Martines no se presentó de otro modo que como uno de ellos, encargado, por su parte, de la región septentrional del mundo. Así, los *Estatutos Generales* de 1767 solo se aplican pues categóricamente al linaje situado bajo su autoridad. Con respecto a las otras ramas del árbol cohen ramificado, de las que ignoramos hasta su hipotética forma temporal, sólo podemos perdernos en conjeturas.

Entonces, en tanto que Martines pretende ser solo uno de los siete jefes de una Orden antigua que no obstante él organiza, es la evidencia, en los detalles menores, en que la crítica histórica parece poder ejercitarse fácilmente. Después de todo, el teúrgo de Burdeos no sería el único en haber reivindicado la herencia de un rito "primitivo", ¡con apenas antigüedad de algunos años!

¿Pero no sería confundir la forma temporal con la forma espiritual el reducir la función de un gran soberano a su aspecto administrativo? Porque la gran soberanía, que Martines declara compartir con sus colegas, esta carga magistral plural es de entrada una función espiritual. Louis-Claude de Saint-Martin anotó en su cuaderno de recién Élu Cohen que el gran soberano "es la expresión del cuaternario sobre la longitud y la latitud"[10] del mundo temporal. Es el hombre en cruz, a imagen tanto del primero como del último Adán, abrazando los cuatro horizontes del mundo. Porque si los Élus Cohen, y específicamente los réaux-croix, por su ordenación, están habilitados para operar en las tres regiones universales, la cuarta, en efecto, solo le es "dada a los siete jefes universales de la Orden"[11].

Además, estos jefes son siete sólo porque "el número 7 es el número de los espíritus sometidos para accionar en lo temporal sobre las formas y con una forma para volver su acción sensible. 7 es el número de perfección de la creación, operada por la bendición que el Creador le dio, o por su 7ª y última operación"[12].

La perfección del cuerpo, que supone su bendición, como la bendición divina del séptimo día, implica también el septenario de las clases, o de los sellos de los Élus Cohen, y es el monte Sinaí su arquetipo. Martines siempre encuentra en la historia sagrada una ilustración maravillosa de las teorías que desarrolla. Así, la montaña del Sinaí, dice, ofrece ella misma una imagen de la Orden, ya que "estaba dividida en siete partes, imágenes de los siete cielos, y su cumbre, imagen de lo supraceleste, y presentaba también otra división ternaria: la base donde estaba el campo, círculo sensible; el medio donde se para Josué, círculo visual; y la cima donde subió Moisés, círculo racional, dominado por lo supraceleste con lo cual comunicaba, así como había hecho Adán en su estado de gloria"[13].

Última realidad en su aplicación aquí abajo de la ley de las correspondencias universales: estos siete jefes ¿no dependen ellos mismos de un jefe superior misterioso, al cual Martines

[10] Louis-Claude de Saint-Martin, "El Libro rojo. Cuaderno de un recién Élu Cohen", publicado por Robert Amadou, *Atlantis*, nº 330, enero-febrero 1984, nº 620.
[11] Fondos Z, *Instrucción secreta*, Paris, Cariscript, p. 25.
[12] *Las Lecciones de Lyon*, *op. Cit.*, lección 99.
[13] *Las Lecciones de Lyon*, *op. cit.* Lección 103.

mismo se refiere con prudencia en una carta a Willermoz?[14] Todo es espejo: "el octonario dirige al septenario, el septenario dirige y gobierna la obra de creación senaria"[15]. Hay siete agentes principales, cuyo jefe es octonario. Así se explica en la simbólica cohen la visión del Apocalipsis donde el Cordero sólo abre el libro de los siete sellos del que Él es el guardián.

Sin embargo Martines, sus colegas enigmáticos y su superior desconocido se apartan, como se difumina la imagen delante de la realidad. Esos oficiales superiores de la Orden vivida, soñada podría ser también, por Martines y sus émulos, esos diferentes oficiales, como los de los templos, no son más que la imagen y el mejor receptáculo de los buenos espíritus. Saint-Martin lo explica muy bien a Willermoz en I771: "Usted sólo puede hacer las aperturas, cierres, señas, dar las palabras y las baterías; porque los oficiales que usted podría tener en persona no serían más que representaciones de sujetos espirituales que usted hace mover a su agrado"[16].

Hacer mover a los buenos espíritus para el servicio común del Eterno con el que éste llamó hombre, Martines invita a sus émulos al culto primitivo confiado a Adán. Este culto, Martines lo inserta en un ambiente masónico, donde cada grado corresponde también a una ordenación específica que habilita a los Élus Cohen a una celebración teúrgica, personal y colectiva, en el curso de la cual requieren la asistencia de los ángeles fieles, de los espíritus buenos, para combatir el mal, que es legión, y participar así en la reintegración universal de toda cosa y de todo ser en su principio.

UN ALMA QUE VEHICULA LA TRADICIÓN JUDEOCRISTIANA

¿Qué podría ser más evidente? El cuerpo que constituye la Orden Cohen no es un cadáver: con sus ceremonias, sus formas sacramentales, está animado. ¿Pero por qué? Levantemos el segundo tapete, el segundo velo, y cambiemos de símbolo: el alma de la Orden Cohen es un vehículo, tanto en el sentido clásico como en el sentido martinista del término, el vehículo de una tradición doctrinal, ritual y operativa, ajena a la francmasonería, que Martines preservó, transmitió e hizo fructificar. Ahora bien, esta tradición no se confunde ni con la cábala en sentido estricto, ni con la teúrgia neoplatónica, menos aún con la supuesta cábala de ciertos ocultistas desde la *Belle époque*.

Esta tradición, sin duda esencialmente oral, pero no solo, viene de predecesores, los mismos que, dice él, "han sido encargados" de enseñarla. Entonces, cuando Martines se defiende contra la evidencia de haber fundado "su" Orden, es necesario entender sus palabras en un sentido semi-simbólico. Martines de Pasqually no sale de ninguna parte. Tres herencias, parece ser, tres depósitos le alcanzaron, los cuales se esforzó por hacer fructificar según una práctica teúrgica ceremonial, simple en su principio y compleja en sus aplicaciones, de las que el *Tratado sobre la reintegración*[17] y las instrucciones Cohen dan las llaves y exponen la teoría[18].

---

[14] Gérard Van Rijnberk, *Martines de Pasqually. Un taumaturgo del siglo XVIIIº*; nueva edición con un prefacio por Robert Amadou, Hildesheim, Georg Olms Verlag, 1982, tomo II.
[15] *Las Lecciones de Lyon, op. cit.* Lección 4.
[16] Louis-Claude de Saint-Martin, "Cartas a Jean-Baptiste Willermoz (1771-1789)", nueva edición publicada por Robert Amadou, *Renaissance Traditionnelle*, nº 48, p. 283. Ortografía modernizada.
[17] *Tratado sobre la reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina*. Primera edición auténtica después del manuscrito autógrafo de Louis-Claude de Saint-Martin establecida y presentada por Robert Amadou, Le Tremblay, Diffusion Rosicrucienne, 1995. Es la herramienta de trabajo indispensable para quien quiere estudiar seriamente la doctrina de Martines de Pasqually. Para recordar, la edición anterior, dicha del bicentenario (de la muerte de Martines),

El primer depósito, que se diría de origen masónico, parece relacionarle a una línea «estuardista», que sigue siendo un enigma. De aquí extraerá, en parte al menos, la forma o la vestimenta propiamente masónica de su Orden. No creo que haya sacado nada más de él.

Un segundo depósito, que podría estar parcialmente ligado al precedente, parece venirle de su padre y, a través de él, de ancestros desconocidos: esta es una herencia, no sólo oral, sino que también comprende archivos (que Martines rehusará llevar a Santo Domingo: ¿qué ha sido de ellos?). La afirmación de Willermoz alegando una cadena familiar, de la que su padre habría sido el último eslabón, es perfectamente creíble. Este depósito familiar comprende una doctrina, que Martines muy ciertamente ha contribuido a enriquecer y a desarrollar, una práctica teúrgica, y un influjo iniciático y espiritual que creo (por no tener nada mejor) de origen judeocristiano.

Tercera herencia: el fondo común de la magia salomónica, que emparienta, por ejemplo, a Martines de Pasqually con Pierre d'Abano y con Cornelius Agrippa, pero también, en cierto modo, con cabalistas cristianos del Renacimiento, incluso a algunos cabalistas en sentido estricto, aunque Martines no pueda ser considerado él mismo como un cabalista, ni en el primero ni en el segundo sentido del término.

Una escuela de teúrgia, ¿la Orden Cohen? Esto se repite así desde hace dos siglos. Pero mostré en otro lugar[19] que esto significa primero una escuela de oración y de virtud, donde la gnosis, según las palabras de Clemente de Alejandría, viene a coronar la fe. La teúrgia Cohen no ignora la mística en el corazón mismo de la religión judeocristiana, que implica la fe en el Reparador, sin la cual no hay en absoluto gnosis judeocristiana. La vía Cohen así definida no se reduce a la caricatura de una simple magia ceremonial en la que la eficacia consistiría en la sola puesta en práctica de recetas o de técnicas particulares.

Finalmente, ya que en buena simbología martinesiana todo triángulo reposa sobre un centro, yo distinguiré un cuarto depósito, y este puede no ser el menor. Martines de Pasqually vivió como iniciado, practicó mucho la teúrgia ceremonial, hasta el punto de enriquecer él mismo su propia herencia, y haber comprendido, dice él, la enseñanza que la misma Sabiduría divina le dictó.

EL ESPÍRITU Y LA COSA

Nos queda quitar el tercer tapete, levantar con respeto el último velo.

Los Élus Cohen, explica uno de ellos, Vialette d'Aignan, en 1788, forman "un orden que, teniendo por objetivo devolver al hombre a su glorioso origen, lo conduce de la mano, enseñándole a conocerse, a considerar las relaciones que existen entre él y la naturaleza entera de la que debía ser el centro si no hubiese caído desde ese origen, y finalmente a conocer al Ser

---

establecida por Robert Amadou, presenta confrontadas otras dos versiones del mismo texto: *Tratado de la reintegración*, París, Robert Dumas, 1974. Numerosos manuscritos de este *Tratado* han sido descubiertos estos últimos años. Cf. aquí mismo la comunicación de Pierre Mollier y Alain Marchiset: "Martinés en la búsqueda masónica del siglo XVIII: el caso de los Filaletes. Descubrimientos e hipótesis a propósito de nuevas copias del *Tratado*".

[18] Para una primera aproximación, ver *Martines de Pasqually, El Teúrgo de Burdeos.* Textos escogidos y presentados por Serge Caillet, Montélimar, Ediciones Signatura, 2009.

[19] *Los Siete sellos de los élus cohen, op. cit.*

Supremo del que es emanado”[20]. Luego la gran obra de Martines, con sentido alquímico casi, su obra en *la cosa* no se deja reducir a la forma temporal de una escuela fraternal, ni siquiera a la preservación y fructificación de una tradición multisecular.

Al otro lado del tiempo y del espacio donde se manifestó bajo la vestimenta masónica y en la forma (cuerpo y alma) teúrgica que Martines de Pasqually le dio, la Orden de los Élus Cohen se presenta en primer lugar como una realidad espiritual. “Acuérdate, Señor, de esta sociedad que tú has formado y poseído desde el comienzo”, salmodiaban cuatro veces al día los émulos de Martines[21]. Ahora bien, esta sociedad no es sin recordar la Alta y Santa Orden del Régimen Escocés Rectificado[22], la Sociedad de los Independientes de *El Cocodrilo* de Louis-Claude de Saint-Martin[23], la Iglesia interior querida por Lopoukhine[24] y Karl von Eckhartshausen[25], como la hermandad eterna de los auténticos Rosa-Cruz.

Es la Orden esencial, única, con un solo fundador, el Señor mismo, que establece (le emancipó después de haberle emanado explica Martines) Adán en el centro del universo, donde manifestaba la acción y la potencia del Eterno en el mundo temporal. “¿Cuál es (pregunta todavía un catecismo) el origen de la Orden que profesamos?”. Respuesta: “El origen viene del Creador y comienza desde el primer tiempo bajo Adán y desde ahí hasta nuestros días”[26].

Por la gracia de Dios, en la historia del género humano de la que el *Tratado sobre la reintegración* distingue las principales etapas, la Orden esencial de la cual se comprende en lo sucesivo su forma septenaria, se perpetúa aquí abajo, porque (explica un catecismo) el Gran Arquitecto ha “suscitado por su Espíritu sujetos apropiados y convenientes para manifestarla entre los hombres”. Estos Élus generosos testimonian de varias maneras la presencia permanente del Gran Élu recurrente que es el Cristo: “desde Adán hasta Noé; de Noé a Melkisedec, a Abraham, Moisés, Salomón, Zorobabel y el Cristo”[27]. A esta sucesión general, totalmente espiritual, Martines añade a su vez sus propios Élus particulares.

Al comienzo era pues la sociedad de los Élus. Pero al comienzo, es decir, en el principio, era también *la cosa* y es *la cosa* la que ocupa a Martines, *la cosa* que es su Orden, por cierto, pero *la cosa* no se reduce tampoco a la vestimenta que toma prestada o a los velos que la ocultan. Ahora bien, la Orden de los Élus Cohen, unas veces vela y otras veces revela *la cosa*. Porque todo está velado aquí abajo, en los dos sentidos comunes de la palabra velado: desfigurado y oculto. Tengamos cuidado para que la distorsión no nos haga tomar la ilusión por la realidad, y confundir el velo con el santo de los santos al que protege.

---

20 “Discurso cohen. Ensayo de un discurso del Sr. Vialette en la recepción del Sr. caballero de Guilbert, pronunciado el 24 de marzo de 1788”, ap. Louis-Claude de Saint-Martin, *Teosofía y teología*, Paris, Cariscript 1980, p.69.

21 “Las oraciones de los elus cohen”, *Renaissance Traditionnelle*, nº 47, julio 1981, p. 24.

22 Ver el estudio de Robert Amadou, “De la Orden. Presentación del Régimen Escocés Rectificado”, en la introducción para Steel-Maret, *Archivos secretos de la francmasonería*, Ginebra-Paris, Slatkine, 1985, p. VII-XVII.

23 *El Cocodrilo o la Guerra del bien y del mal, llegada bajo el reinado de Luis XV (1799)*; nueva edic. por Robert y Catherine Amadou, Hildesheim, Georg Olms, 2009.

24 *Algunos tratados de la Iglesia interior*, Paris, Las Amistades espirituales, 1973.

25 *La Nube sobre el santuario, o algo que la filosofía orgullosa de nuestro siglo no sospecha* (1819); nueva edic., Arqa, 2007.

26 “Catecismo del aprendiz élu cohen», ap. Papus, *Martines de Pasqually, su vida, prácticas mágicas, su obra, sus discípulos*, nueva edic., Paris, Robert Dumas, 1976, p. 225-226.

27 “Catecismo de aprendiz élu cohen”, op. Cit., p. 225-226.

En el famoso *Cuaderno verde*, mucho tiempo calificado como manuscrito de Argel, que reúne un material cohen muy consecuente, el manuscrito acaba con un dibujo: una mujer, cuya cofia consiste en un velo de los más clásicos. Y Robert Amadou ve allí la imagen de *la cosa*.

La Orden de los Élus Cohen es el velo de *la cosa*.

Es *la cosa* la que ordena, es quien inicia y transmite el sello misterioso que, por la gracia de Dios, marca al hombre de deseo, a condición de que sean rectas la intención del iniciador y la del pretendiente, y que el primero use los signos, símbolos, ritos y nombres específicos, en una palabra, las formas sacramentales que constituyen la realidad intrínseca de la Orden.

La ordenación Cohen así transmitida, en definitiva por delegación, por Martines, desde los primeros grados, se quiere eficaz. Con la gracia del Eterno, el carácter, la marca simbólica cambia lo iniciable por la intervención del iniciador y de los espíritus intermediarios, especialmente simbolizados, tanto como decir transmitidos por los nombres, los caracteres y los jeroglíficos, y le dispone ya a recibir la impresión del buen espíritu.

He empleado a propósito el lenguaje de Martines de Pasqually. Quisiera ahora ofrecerles esta cita poco conocida de Saint-Martin: "Cuando el alma se une a su intelecto y a su espíritu, adquiere su potencia, lo que la hace cuaternaria. Así, ella no debe escuchar más que a la sabiduría y al espíritu, si quiere conservar su fuerza, su ciencia y su virtud, porque los espíritus vivificantes del alma y del cuerpo se unen a ella y la sostienen por su potencia y por su número. Este es el propósito y el efecto de las ordenaciones; se establece por su medio una actividad constante y eficaz en el ser ordenado, que lo hace órgano de todos los números, es decir, de la vida misma"[28].

Como iniciador verdadero, actuando por su propia potencia y su propia intención como vehículo de los espíritus, revelando al Espíritu, Martines manifiesta en su obra la presencia y la acción de los ángeles fieles al Señor, y son los ministros de Dios quienes realmente conferirán al receptor la iniciación o la ordenación Cohen. Ésta, por cierto, se conferirá a veces con "gran ceremonial", para la instrucción general de los hermanos (y eventualmente de las hermanas) reunidos para la circunstancia, a veces con un "ceremonial simple", que conserva sólo lo esencial de la ceremonia, según la apreciación del iniciado mismo.

Ambas formas son igualmente eficaces y válidas; el artículo VI del primer capítulo de los *Estatutos Generales* de 1767 aún precisa: "es ordenado variar las recepciones de los altos grados, para que no puedan ser interceptadas ni pasar a manos extrañas; no habrá que cambiar sin embargo las ceremonias al punto de que no tengan ninguna relación con el grado, será necesario tener la atención de representar allí sólo actos análogos e incluso representarlos fielmente en la misma asamblea. Jamás representaremos un grado en toda su extensión"[29]. Esta libertad de acción, esta ordenación de las formas deja lugar al espíritu, con tal de que sea preservado el corazón mismo de la iniciación Cohen que es la ordenación. En la cima de la jerarquía, Martines mismo, según el abad Pierre Fournié, da el mejor ejemplo en la recepción de

---

[28] *Los Números.* Primera edición auténtica del manuscrito autógrafo, proporcionado con una introducción y notas por Robert Amadou, Paris, Cariscript, 1983, p. 134.
[29] *Estatutos Generales……*, op. Cit. p. 15.

Saint-Martin al grado de réau-croix, en una ceremonia sin relación con las formas clásicas de esta transmisión.

La eficacia, la realidad de la ordenación, o por lo menos de las ordenaciones más poderosas correspondiente a los altos grados del sistema, pueden verificarse a continuación en las operaciones, por signos visibles o audibles, símbolos de la presencia y de la asistencia angélica[30]. Y si estas manifestaciones eran familiares para los Élus Cohen (para Martines en primer lugar, que no estaba engañado por su naturaleza mixta) es también porque el mundo de los astros, hasta el círculo de Saturno, se ofrece como vehículo intermediario de los espíritus superiores. Los "pases", que jamás han constituido un fin en sí mismo, pero a lo que todo Élu Cohen debía estar sin embargo muy atento, eran simplemente el signo de la reconciliación parcial del orante y del éxito del operante, una concesión a la debilidad del hombre, un estímulo sobre la vía. Sin olvidar que todo ángel negro se puede caracterizar como ángel de luz.

Nunca insistiríamos tanto en ello: los Élus Cohen, Martines a la cabeza, Martines operando en *la cosa*, no buscaban la experiencia, sino la Verdad que hace libre, y Aquello que es la Verdad, el Camino y la Vida. El gran soberano, según la función que le ha sido reconocida por los suyos, ha operado en el templo que él contribuyó a edificar. Este templo es el de Salomón, concebido por el maestro Hiram o Chiram, el que constituye el arquetipo de la Sabiduría, que es *la cosa*. Porque el templo de Salomón de la francmasonería es también el modelo del templo Cohen.

En el corazón del templo Cohen, que es también el centro de toda circunferencia operativa, Martines imponía hacer brillar el fuego nuevo, cuya luz creada según prescripciones muy precisas, simbolizaba ella misma (¿qué digo?, transportaba) la luz increada, que es el Espíritu. "Aleja de este círculo todo espíritu de error, de prevaricación y de discordia, para que nuestras almas puedan sacar provecho de los trabajos que la Orden da a todos los que son dignos de ser penetrados por ti", suplicaban, abriendo así sus trabajos, los émulos del gran soberano.

Un buen espíritu, los espíritus buenos, eran entonces rogados para dirigir, en nombre del Eterno, del que eran por naturaleza los mensajeros, las operaciones de los Élus Cohen. "Venid -dice la oración del fuego nuevo- espíritus santos, a rodear el fuego que os es consagrado para ser vuestro trono dominando sobre todas las regiones del mundo universal"[31].

Esta llamada, esta invocación de los espíritus, órganos del Espíritu, que es también *la cosa*, tal fue la obra, la gran obra en verdad, de este hombre extraño, torpe en la sociedad de los hombres, que quiso ofrecer, a través de su persona y de su obra, un "instrumento débil", un canal, un vehículo del espíritu, un sitio formal a la Presencia del sin forma, que es *la cosa*.

[30] Cf. Robert y Catherine Amadou, *Angelical. Imágenes del culto teúrgico, primera edición íntegra después de los manuscritos de Louis-Claude de Saint-Martin*, tomos 1 & 2, Gérigny, CIREM, 2001.
[31] *Instrucción secreta*, op. cit. p. 20.

EL MISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

Michel Armengaud[32]

En su obra titulada «Sédir, levántate», Robert Amadou nos presenta la teosofía de Louis-Claude de Saint Martin. Acaba haciendo esta observación: «San Juan, San Pablo y el Apocalipsis son, por coincidencia o por influencia, las fuentes de la teosofía sanmartiniana. Retornando a ellas, entenderemos mejor el Martinismo en espíritu y en verdad...»

Este camino es el que vamos a seguir.

Entre los numerosos títulos que Louis-Claude de Saint-Martin atribuye al Cristo, el que se repite más a menudo es el de «Reparador».

Para Martinez de Pasqually, el Cristo era también el Reconciliador, porque en el «Tratado sobre la Reintegración de los Seres» escribe: « El Cristo, como estarán de acuerdo conmigo, ¿acaso no ha venido para reconciliar a los vivos y a los muertos con el Creador? Dios el Hijo, por su pasión y el derramamiento de su sangre, ¿acaso no abrió las puertas del reino de los cielos a todos aquellos que estaban muertos en privación divina?» En efecto, El Cristo es el intermediario cósmico indispensable al proceso de regeneración. Es la razón por la cual la Tradición Martinista habla de él como el «Reconciliador»[33].

Vamos a ver qué pueden aclararnos los escritos de San Pablo sobre este título de «Reconciliador» dado al Cristo, y en qué consiste esta Reconciliación.

EL SENTIDO DE LA PALABRA

El sentido de la palabra «reconciliación» significa «volver a poner en armonía, o vuelta al acuerdo», por ejemplo entre personas enemistadas; restablecer la concordia entre los que estaban desunidos. Lo cual supone que hubo un acuerdo previo y después una ruptura que requiere una reconciliación. Pensamos espontáneamente en el estado paradisíaco del jardín del Edén, después en la caída del Hombre, la cual necesitó de la Reconciliación por JesuCristo. ¿Quién se reconcilia, y con quién? O más bien, ¿quién es reconciliado? ¿Cómo y cuándo se produce la Reconciliación? ¿Cuáles son los efectos de la Reconciliación?

USO DE LA PALABRA EN LA BIBLIA

No se emplea en absoluto esta palabra en la versión hebraica del Antiguo Testamento. En cambio, se emplea una docena de veces en la Septante, versión griega del Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento, San Pablo es el único en usarla, si exceptuamos el único uso de Mateo (5, 24).

---

[32] Artículo publicado en la Revista PANTACLE, nº 18, Enero de 2.008.
[33] Pantacle n° 6 de janvier, 1998 – p. 10.

La primera vez que San Pablo emplea esta palabra es en la Segunda Epístola a los Corintios. Para ellos, la reconciliación corresponde a un recuerdo histórico preciso. Durante la reconstrucción de la ciudad, el César había proclamado una reconciliación, acogiendo, de Grecia y de todo el Imperio, gente con un pasado manchado que se beneficiaba así de una amnistía.

«Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo...» (2ª Co. 5, 18). En la concepción de San Pablo, se trataba de la Reconciliación del Hombre con Dios, por Dios. El pecado del Hombre es lo que había creado el obstáculo entre él y Dios.

Estamos ante un dilema: ¿fue Dios quien produjo un cambio en las disposiciones de los hombres con respecto a Él? En tal caso, ¿qué lugar queda para el libre albedrío del Hombre? ¿Acaso es en Dios donde se produce el cambio? ¿Dios abandona su ira contra la humanidad? Pero ¿cómo es posible que Dios, siendo amor, se pueda enemistar con el Hombre? Podemos descartar este dilema si pensamos que toda reconciliación es necesariamente bilateral: hace falta que tanto Dios como el Hombre cambien a la vez su actitud el uno para con el otro.

Pero, en todos estos razonamientos, hemos planteado mal la pregunta. En efecto, partimos de una definición a priori de la reconciliación. Ahora bien, con San Pablo, esta palabra cobra otro sentido. Se trataba de establecer nuevas relaciones entre Dios y el Hombre. Dios no cambia. El Hombre no cambia tampoco. Es la relación entre ambos la que cambia. Una imagen nos aclara sobre este misterio: en el momento en que el velo del templo de Jerusalén se rompe, el Debir (Santo de los Santos) no cambia, el Hekal (Santo) no cambia tampoco, sino que, entre ambos, la separación desaparece.

He aquí lo que nos dice Louis-Claude de Saint-Martin en «El Hombre Nuevo» : "*El velo del templo se rasgará en dos de arriba abajo*, porque ese velo es la imagen de la iniquidad que separa tu alma de la luz en la que has tenido tu origen y, como, al dividirse *en dos partes*, deja a tus ojos un acceso libre para esta luz que antes te era inaccesible, tienes una clara indicación de que era la unión *de estas dos partes* lo que había formado tu prisión y te retenía en las tinieblas, nueva imagen de esta *iniquidad* que el reparador no ha temido atravesar, apareciendo en el Calvario entre dos ladrones, para darte fuerza y los medios necesarios para romper en ti también esta iniquidad"[34].

«…la muerte de su hijo [Cristo] nos reconcilió con Dios…» (Rm. 5, 10). Es por la mediación del Cristo como la Reconciliación se ha hecho. El Cristo murió por todos, y por esta muerte es el amor de Cristo el que nos abraza. Al precisar que murió Uno solo para todos (2ª Co. 5, 14), San Pablo expresa toda la dimensión excepcional de Cristo. Cuando añade que, por esta muerte todos han muerto, debemos preguntarnos el sentido que da a la palabra «muerte». La epístola a los Romanos nos lo aclara precisando que estamos muertos al pecado (Rm. 6, 2) y vivos para Dios con Cristo Jesús (6, 11).

«Al que no supo de pecado, por nosotros lo trató como a pecador…» (2ª Co. 5, 21), lo cual no significa que Jesús manifestó el pecado, sino que cargó todo el peso de todos los pecados de la humanidad. Podemos pensar en el chivo expiatorio de los hebreos: dos chivos eran previstos

[34] SAINT-MARTIN, Louis-Claude de, Le Nouvel Homme, Le Tremblay, Diffusion - Rosicrucienne, p. 347. [Edición en castellano: El Hombre Nuevo, Colección Martinista, Luís Cárcamo Editor, 1.993. Pág. 253. N. del T.].

para el antiguo rito, se ofrecía el primero en sacrificio expiatorio a Dios y el segundo estaba cargado con los pecados acumulados por la comunidad durante el año anterior. Para esta fiesta de Expiación, el sumo sacerdote era quien cargaba el chivo con todos los pecados de los hijos de Israel. Sin embargo, aquí, es Dios quien identifica a Jesús con el pecado, y si el chivo expiatorio fue enviado a Azazel en el desierto, Jesús, en cuanto a él, expió el Pecado del mundo por el sacrificio de su vida.

Al reconciliar a la humanidad con Dios, estableció la Paz por la sangre de la cruz (Col. 1, 20).

LA RECONCILIACIÓN HA SIDO OPERADA «A SU TIEMPO» (RM. 5, 6)

En su carta a los Romanos, San Pablo precisa que «a su tiempo, Cristo murió por los malvados». La expresión griega traducida por «a su tiempo» puede también traducirse por «en el tiempo marcado» o incluso «en el momento oportuno»; pero todos estos sentidos se complementan, puesto que el tiempo fijado por Dios es necesariamente el momento oportuno.

Observemos la impronta de la cultura judía de San Pablo en su pensamiento. En efecto, en el Antiguo Testamento, Dios es el dueño de la Historia. La muerte de Cristo en la cruz se inserta pues en el plan divino.

«SI UNO ES CRISTIANO, ES CRIATURA NUEVA» (2ª CO. 5, 17A)

Pablo introduce aquí la condición necesaria para ser una nueva criatura: estar en Cristo. Lo cual nos reenvía al pensamiento que Louis-Claude de Saint-Martin expresaba en una carta que dirigió a Kirchberger, Barón de Liebistorf, el 19 de junio de 1797: «[...] la única iniciación que predico y que busco con todo el ardor de mi alma, es aquella por la que podemos entrar en el corazón de Dios, y hacer entrar al corazón de Dios en nosotros, para hacer un matrimonio indisoluble, que nos convierte en el amigo, el hermano y la esposa de nuestro divino Reparador.[...][35]».

«LO ANTIGUO PASÓ, HA LLEGADO LO NUEVO» (2ª CO. 5, 17B)

Literalmente, el texto griego dice: «Henos aquí, las cosas antiguas que han pasado se convirtieron en nuevas». La redacción de esta carta tiene por telón de fondo el conflicto que opone a San Pablo a los Judaizantes. Los Judaizantes eran los Cristianos de origen judío que querían imponer la ley judía a los nuevos Cristianos. Para ellos, era necesario ser Judío para ser Cristiano. Por ejemplo, querían imponer la circuncisión a todos los hombres. En el clima conflictivo que los opone a San Pablo, podemos comprender que la expresión «lo antiguo pasó» se refiere al Judaísmo. «Ha llegado lo nuevo» por la muerte y la resurrección de Cristo.

El pensamiento de Pablo no es que las cosas nuevas sustituyan a las antiguas, sino que las cosas antiguas se transformen para ser las cosas nuevas. Podemos ver en ello la indicación de que el Cristianismo no es una novedad que sustituye el Judaísmo, sino que es la culminación, al igual que el fariseo Pablo se convirtió en el Apóstol de Cristo.

[35] Pantacle n° 3, enero 1995 – pp. 3-5.

«…SI UN TIEMPO CONSIDERAMOS A CRISTO CON CRITERIOS HUMANOS, AHORA YA NO LO HACEMOS» (2ª CO. 5, 16)

Lo que San Pablo quiere seguramente decir es que ahora «Cristo ha muerto y resucitado», nuestra comprensión de las cosas ha cambiado, de ahora en adelante nuestros conocimientos pueden superar las limitaciones de nuestras debilidades humanas.

Nuestra estrecha vista puede ampliarse para aprehender lo esencial: el misterio crístico. San Pablo extiende a toda la humanidad su propia visión, tal como la definía unos meses antes en su primera carta a los Corintios: «…pues entre vosotros decidí no saber otra cosa que Jesús, Mesías, y éste crucificado». (1ª Co. 2, 2).

Es su vivencia la que inspira a San Pablo, puesto que cuando perseguía a los Cristianos, conocía al Cristo con criterios humanos, es decir, en la debilidad de su comprensión humana. No fue sino después de la revelación en el camino de Damas cuando ya no conoce al Cristo según la carne, sino según el espíritu.

¿LA RECONCILIACIÓN ES EFECTIVA PARA TODOS?

Si Pablo dice que «todos» han muerto al pecado (2ª Co. 5, 14 y Rm. 6, 2), no dice que Dios les ha «reconciliado a todos», sino que «Dios nos reconcilió... ».

«Nosotros», es decir, aquellos que con él y como él viven en Cristo, aquellos que han aceptado que «los que viven no vivan para sí, sino para quien por ellos murió y resucitó» (2ª Co. 5, 15). Estando en Cristo, son nuevas criaturas que participan de las cosas nuevas (2ª Co. 5, 17).

El uso restrictivo del «nosotros» es lo que nos hace pensar que «todos» no están efectivamente reconciliados. Lo que confirma Pablo cuando precisa que Dios «nos» ha dado el ministerio de la Reconciliación (2ª Co. 5, 18). Este ministerio tiene como meta exhortar a los no creyentes a reconciliarse. Es la prueba de que queda una parte por cumplir por el Hombre para que la reconciliación potencial se haga efectiva.

Por lo que respecta al «ministerio de la Reconciliación», la palabra «ministerio» es una traducción del griego «diakonian» que viene del verbo «diakonew», que significa «servir». Pablo es el que emplea más esta palabra en el Nuevo Testamento, lo que se corresponde bien con su vivencia, (entregada) al servicio de la proclamación del Evangelio. Este servicio se define como un don de Dios. Nosotros debemos dejarnos reconciliar con Dios (2ª Co. 5, 20).

Pablo pide a los Corintios reconciliarse. De este modo comprendemos mejor el proceso de la reconciliación, que es un don de Dios, pero que debe ser aceptado por el Hombre. Si el perdón de los pecados es efectivo, hace falta además un acercamiento personal del Hombre a Dios para que la reconciliación se cumpla. La reconciliación, pues, va más allá del perdón de los pecados.

El problema del libre albedrío del Hombre está subyacente: Dios da pero, aún así, es necesario que el Hombre acepte. Puesto que, como dice Louis-Claude de Saint-Martin, dirigiéndose a cada uno de nosotros: «... sin esta crucifixión del Reparador, la familia humana no hubiese podido entrar en los senderos que debían llevarla a la vida, y sin tu crucifixión

particular, hasta la del Reparador resulta inútil para tu curación espiritual, como sería para la curación de tus heridas corporales un bálsamo que te ofreciesen y no quisieses utilizar»[36].

EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN POR LA PALABRA (2ª CO. 5, 19)

Si Dios pone en «San Pablo y sus fieles» la palabra [el mensaje] de reconciliación, eso significa que hay una segunda etapa en la Reconciliación. La Segunda Epístola a los Corintios nos precisa que San Pablo y sus fieles operarán por la palabra. Algunos pasajes de las cartas de San Pablo nos aclaran sobre esta palabra: esta palabra es «la de la fe» (Rm. 10, 8) que debe traer la revelación, el conocimiento, la profecía y la enseñanza (1ª Cor. 14, 6). Debe ser expresada en Cristo (2ª Cor. 2, 17) para anunciar el misterio del Evangelio (Ef. 6, 19). Es la palabra de (la) verdad, el Evangelio que salva (Ef. 1, 13). «La fe entra por el oído, escuchando el mensaje del Mesías». (Rm. 10, 17).

Entendemos que, según la concepción de San Pablo, la Reconciliación está obrando «en el hecho de que podemos ya mismo morir al pecado y vivir en la gracia»[37].

Pero compete al Hombre abrirse a esta gracia por la Fe en Cristo. Hay que mantenerse en la fe sin dejarse llevar fuera de la esperanza del Evangelio. Debemos permanecer en Cristo quien es nuestra Paz, y vivir para Aquél que murió y resucitó para nosotros. Gracias al Cristo tenemos acceso al Padre, lo que los sinópticos han simbolizado por el «desgarro del velo del Templo». Este velo que impedía el acceso al «Santo de los Santos» del templo de Jerusalén se rompe en el momento en que Cristo expira.

En su obra titulada «La Reconciliación en la teología de San Pablo», Jacques Dupont nos da un punto de vista muy pertinente, y haremos de ello nuestra conclusión:

«Para San Pablo, lo que Dios cambia, no son Sus propias disposiciones; tampoco son las disposiciones del Hombre con respecto a Él, sino la situación en la que el Hombre se encuentra con respecto a Él. La atención no se focaliza en los sentimientos, en la psicología de la Reconciliación, sino sencillamente en una situación de hecho. Dios restableció relaciones pacíficas entre el mundo y Él. [...] Pero compete a cada ser humano reconciliarse positivamente y personalmente con Dios.

Es necesario, pues, que cada uno se apropie de la Reconciliación cambiando sus propias disposiciones. Hace falta que cada uno haga efectiva por sí mismo la Reconciliación que Dios ya ha otorgado al mundo»[38].

---

[36] SAINT-MARTIN, Louis-Claude de, Le Nouvel Homme, Le Tremblay, Diffusion - Rosicrucienne, p. 345. [Edición en castellano: El Hombre Nuevo, Colección Martinista, Luís Cárcamo Editor, 1.993. Pág. 252. N. del T.].
[37] QUESNEL, Michel, Cahier évangile n° 22, p. 37.
[38] DUPONT, Jacques, La Réconciliation dans la théologie de saint Paul, Louvain, Salvation, 1953, p. 18.

IIIº ENCUENTRO INTERNACIONAL DEL GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA -G.E.I.M.M.E.-

8, 9, 10 DE NOVIEMBRE DE 2.013

***

SOLICITUD DE INSCRIPCIÓN: geimme@movistar.es

"Purificaos, pedid, recibid y obrad.
Toda la Obra se halla en estos cuatro Tiempos"
El Hombre de Deseo.
Louis-Claude de Saint-Martin

PROGRAMACIÓN

Viernes 8	**Acogida**	**18:00 – 20:30**
	Cena	**21:00**
	Oración Martinista	**22:30 – 23:15**
Sábado 9	**Desayuno**	**9:00**
	Apertura Ritual	**10:00 – 11:00**
	Ponencias	**11:30 – 13:30**
	Comida	**14:00**
	Ponencias	**17:00 – 20:00**
	Cena	**21:00**
	Oración Martinista	**22:30 – 23:15**
Domingo 10	**Desayuno**	**9:00**
	Ponencias	**10:00 – 13:00**
	Comida	**14:00**
	Salida	

Todos los Martinistas asistentes deberán acreditar para su inscripción su condición a través de documento oficial (o copia de certificado de Iniciación) de la Orden Martinista a la que pertenecen. Si ya lo aportaron en Encuentros anteriores, no es necesario volverlo a aportar.
Los acompañantes no Martinistas podrán asistir a las sesiones de ponencias, pero no a las reuniones rituales ni a la Oración Martinista.
SE OBSERVARÁ LA MÁXIMA PUNTUALIDAD EN TODAS LAS ACTIVIDADES.



"Si la unidad del culto es una verdad innegable y fundada en la unidad misma de aquél que debe ser el objeto del mismo, esta unidad no excluye la multiplicidad de medios a los cuales la variedad infinita de nuestras necesidades nos obligan a recurrir. Entonces, este culto podría recibir innumerables extensiones en los detalles y no dejar por ello de ser perfectamente simple y siempre uno en su objeto, el cual es acercar lo que le falta a nuestro Ser y lo que le es necesario para su existencia.

[…]

A pesar de la superioridad de un culto sobre los demás cultos, quizás la Tierra entera participe de los derechos que distinguen al culto perfecto; quizás entre todos los pueblos y en todas las instituciones religiosas haya hombres que encuentran acceso a la sabiduría y, lejos de querer disminuir el número de los verdaderos templos del Eterno, debemos creer que, tras los dones universales que expandió sobre nuestra morada, no hay ningún hombre en la Tierra que no pueda, si lo quisiera, servir de templo a este Gran Ser. Porque, a cualquier lugar donde vaya el hombre, por muy aislado que esté, *están siempre tres juntos* [cuerpo, alma y espíritu], y este número es suficiente para constituir un templo".

Louis-Claude de Saint-Martin
Cuadro Natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo, § IX

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@movistar.es